

**Viernes XXX del TO
Ciclo A**



3 de noviembre de 2023

Rom 9, 1-5

Sal 147

Lc 14, 1-6

P. Eduardo Suanzes, msps

Es fortísimo lo que Pablo dice en el texto de la Primera Lectura: *«desearía yo mismo ser anatema, ser separado de Cristo en bien de mis hermanos»*. Sufre Pablo por el pueblo judío que no atiende a razones y no responde al mensaje que el apóstol se ha desvivido por hacerles llegar. Sufre tanto por ellos porque los ama entrañablemente y es por eso que preferiría estar separado de Jesús si eso le reportara el bien a su pueblo. *«Para mí la vida es Cristo»*¹, había dicho a los filipenses. Pablo emplea ciento sesenta y cuatro veces la expresión «en Cristo» (o una fórmula similar) para expresar la comunión más íntima que pueda imaginarse de un cristiano para con Cristo vivo. Porque en Cristo Jesús el cristiano recibe un nuevo ser, es una nueva criatura. Y esta unión tan indecible la intenta explicar con multitud de imágenes para hacérsela comprender: revestidos de Cristo..., identificados con Cristo..., somos el cuerpo de Cristo...La plenitud de la vida se realiza con Cristo...sea velando, sea durmiendo, tanto en vida como en la muerte...Cristo es la razón de ser del cristiano: su sentido y esperanza.

Pues bien, estaría dispuesto a abandonar esa unión íntima con Jesús, separarse para siempre de él; estaría dispuesto a dejar su vida, es decir, sumergirse en la oscuridad y vacío totales por amor a los judíos.

Eso es evangelio puro: el deseo de caer en la nada para siempre por el bien de sus hermanos. La radicalidad del amor de Pablo es absoluta y sin resquicios.

Pero tenemos también en Concepción Cabrera una actitud como la de Pablo, un amor desprendido hasta el extremo. En efecto, en 1893 escribe:

«Es tanto, lo que yo quisiera dar a Jesús, que si se pudiera, le pediría condenarme yo, si por este medio se salvara otra alma que le diera más gloria que yo... Tal vez no sé lo que digo, pero digo lo que siento»²

En otra ocasión en que Jesús le está comunicando su sufrimiento porque el hombre no responde a su amor, ella escribe:

—«¡Si me fuera dado morir otra vez por ellas³...!»

—« ¡Ah mi Jesús, no me lo digas que me hace llorar semejante caridad!»

¹ Flp 1,21

² CONCEPCIÓN CABRERA. *Cuenta de Conciencia, 1,98*; 8 de diciembre de 1893

³ Está hablando Jesús...se refiere a morir por las almas...

—«*Lo haría con gusto hijita: las amo tanto... me es tan duro ver que se pierdan y por su culpa sin remedio y para siempre...*»

—« ¡Ay, Jesús!, ¿y yo qué pudiera hacer para salvarlas? Habla Jesús, habla y serás obedecido... ¡si pudiera darte mi sangre toda...! [...] Si quisieras condenarme por otra alma que te diera más gloria... yo lo aceptaría Jesús idolatrado... ¿qué haré por Ti, qué haremos, dímelo por Dios⁴

Y por último, otro texto al respecto:

«Esa ha sido mi vida, sobre todo, con más viveza en ciertas épocas; gozarme en desaparecer para que Él aparezca; renunciarme, querer darle un mundo y mil, sólo por verlo adorado y hasta le he ofrecido aceptar condenarme, si esto le reportara a Él, mi Vida, un punto más de gloria»⁵.

El Evangelio es un relato exclusivo de Lucas, pero por el tono de cómo se desarrolla inmediatamente vemos conexiones con otros que tratan de la curación en sábado. Pero hay una diferencia: esta curación, como otras, no se realiza en la sinagoga, sino en una casa particular, la de un fariseo que le invita a comer.

En cuanto Jesús entra en la casa, sus adversarios se ponen al acecho. No está claro si el hombre con hidropesía figuraba entre los invitados, andaba cerca de la casa en busca de curación o había sido puesto allí de anzuelo para «pescar» a Jesús. Antes de obrar el milagro, Jesús se encara con los maestros de la ley y los fariseos dirigiéndoles la pregunta básica de si es lícito curar en sábado. Con ello aflora la cuestión de fondo que Lucas intenta presentar en el relato.

La verdad es que el problema de este innominado no es una enfermedad urgente que requiera una intervención inmediata; podría Jesús esperar hasta el día siguiente o cuando saliera del banquete. Total, el asunto no era tan grave. ***Pero para la misericordia no hay esperas***. Si hay una característica en la misericordia es que se vuelca al instante; como el padre del hijo pródigo, como el samaritano ante el tirado de la cuneta. La inmediatez es el modo típico en que el corazón de Dios se vuelca sobre la persona necesitada, sea quien fuere.

Todos (escribas y fariseos, es decir, la quintaesencia de la oposición judía) permanecen en silencio, no se atreven a responder a la primera pregunta de Jesús: « *¿está permitido curar en sábado o no?* ». La callada por respuesta; la verdad es que ellos están en silencio todo el rato. Mudos también nos quedamos nosotros ante situaciones que exigen la misericordia, porque no es el momento, porque es domingo, porque necesito descansar, por hay que ser prudentes... Pero Jesús toma de la mano, al enfermo, lo cura (no se dice que le diga nada) y lo despide. Tomar de la mano indica cercanía, proximidad, identificación, desplazamiento por parte de Jesús para acercarse a él, interés, familiaridad...

A continuación, Jesús reanuda el «rifirrafe» con el que había comenzado con sus adversarios, respondiendo él mismo a su propia pregunta anterior con una pregunta

⁴ *Ibid*, 5,318; 10 de abril de 1895

⁵ *Ibid*. 45, 307; 5 de julio de 1925

retórica « *¿Quién de ustedes, si su hijo o su buey cae a un pozo, no lo saca inmediatamente, aunque sea en sábado?*» Jesús apela al sentido común y a la experiencia ordinaria con este argumento tan simple. La puesta en acto de la misericordia ha de ser «inmediata», incluso en sábado. Y no se dice nada más. Parece que la acción de la misericordia ha quedado nítidamente clarificada.